Los misteriosos casos de la avenida Ginnami

Hermanos

NEFELIBATA

MAGI INOUE

Los misteriosos casos de la avenida Ginnami

Hermanos

Traducción de Juan Francisco González Sánchez

Duomo ediciones
Barcelona, 2026

Lo que te dispones a leer
es solo un punto de vista de la historia.

Índice

Capítulo 1. El fantasma de los cerezos
y un *shepherd's pie* 13

Capítulo 2. El ladrón de piedras preciosas
y *El príncipe feliz* 71

Capítulo 3. Rabieta de familia y *Un restaurante
muy exigente*. 147

Unos días después, a la hora de cenar 207

Querida mamá:

¡Feliz cumpleaños!

Este año, hemos decidido escribirte una tarjeta de felicitación, como sueles hacer tú. ¿Ya has abierto los regalos? El calendario es regalo mío y los lápices de colores de Gakuta. Es que dijiste que desde el hospital siempre se ve el mismo paisaje y que es bastante aburrido. Por eso Gakuta y yo hemos pensado que te vendría bien un calendario muy grande, lleno de paisajes. Así podrás entretenerte dibujándolos. (Nos dijiste que la *tablet* te cansa la vista).

Los garabatos que encontrarás en el papel de dibujo son obra de Ryota. Y la tarta la ha cocinado Genta. ¡Qué bien hecha está! ¿A que sí? Desde que te ingresaron en el hospital, cocina cada vez mejor. ¡Si sigue así, pronto abrirá una pastelería!

Mamá, no hace falta que te preocupes por nosotros. Estamos bien. Al principio, lo pasamos mal. Genta no se encontraba bien; Gakuta se pasaba el día llorando y no hacía los deberes del colegio; Ryota no paraba de hacer travesuras (bueno, Ryota sigue igual de revoltoso) y yo estaba muy triste.

Pero nos dimos cuenta de que no podíamos seguir así. Genta dice que estás luchando contra la enfermedad y que nosotros debemos estar a la altura. Por ejemplo, ¿sabes que si subes cien veces las escaleras del templo Ginnami sin que nadie te vea, tus deseos se cumplen? Para pedir que te cures pronto, las hemos subido cien veces. Genta llevó a Ryota a cuestas y nadie nos vio. Así que seguro que te curarás pronto.

¡Te esperamos, mamá! ¡Vuelve pronto a casa!

Capítulo 1
El fantasma de los cerezos y un *shepherd's pie*

> «No vuelvo a hacerme a la mar. Ojalá Mary Poppins me invite a comer».
> Sí, por supuesto que lo invitó. El almirante Boom se atiborró de shepherd's pie, se tomó dos porciones de tarta de manzana e hizo las delicias de todos los allí presentes. Al finalizar el almuerzo, el almirante Boom se puso en pie y...
>
> P. L. Travers, *Mary Poppins en la cocina*

1

—¡Este pollo frito está para chuparse los dedos!

Apenas acababa de abrir la tapa del táper cuando una mano surgió y se llevó una de sus valiosas porciones de pollo. Ni siquiera le dio tiempo a protestar.

Ante tan sonado anuncio por parte del ladrón de la porción de pollo, los ojos de todos los demás compañeros de la clase de kendo brillaron llenos de codicia, y una multitud de manos se aproximó al táper, como si de una película de zombis se tratara. Era la hora del almuerzo y se encontraban en el gimnasio. Fukuta Kogure trató de proteger su comida, pero bastó un abrir y cerrar de ojos para que la mayor parte cayera en las garras de esas hienas hambrientas.

—¡Sí que está bueno! —exclamó uno.

—¡Y qué jugoso! —ratificó otro—. ¡Incluso frío está increíble!

—¿Y este rebozado picante? ¿Qué me decís? ¿De dónde ha sacado la harina para el rebozado?

Las exclamaciones de admiración surgían a coro de sus bocas mientras Fukuta miraba pasmado la única porción de pollo frito que quedaba en su táper. «¡Serán brutos! No me dan dejado más que la guarnición y una porción. ¿Y ahora qué hago?».

Keito Takahashi —compañero de clase de Fukuta en segundo curso del instituto e instigador del saqueo de pollo frito— miró hipnotizado, con ojos ansiosos, aquella última porción que descansaba en el fondo del táper de Fukuta. La nobleza de los rasgos faciales de Keito contradecía de manera flagrante su suprema glotonería.

—Este rebozado... ¿lo habéis comprado hecho? —preguntó.

—Ni idea.

—Lo has hecho tú, ¿no?

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo quieres que lo haya hecho yo? Mi hermano. Ha sido mi hermano mayor quien lo ha hecho.

—Ah, tu hermano mayor... Ese que trabaja en un restaurante francés. ¿Siempre te hace él la comida?

—Siempre no —replicó malhumorado.

Keito asintió con la cabeza y, resignado, volvió la mirada hacia su comida, rebosante de colorido. Sobre una porción de arroz blanco, reposaba una lámina de alga recortada con la forma de un personaje de un videojuego, que semejaba un hámster. Su madre seguía decorándole la comida con personajes de animación o de videojuegos a pesar de que él ya no era un niño pequeño, sino un estudiante de instituto hecho y derecho. Avergonzado al principio, había tratado de ocultar aquello para, después, dejar de darle importancia y hasta regodearse en ello.

—Qué suerte, Fukuta.

Quien acababa de intervenir era Takuro Hasumi, alumno también de segundo curso, un poco obeso y con aire de patoso, pero sorprendentemente diestro en el kendo. Con la mirada llena de envidia, continuó:

—Nosotros también tenemos en casa a un profesional de la hostelería: mi madre, para ser precisos; la reina de lo incomible. Anoche tuvimos arroz al curri para cenar. Arroz al curri..., ¡lo más sencillo del mundo! Basta poner verdura y carne a cocer y añadirle las especias. Pues bien, eso no había quien se lo comiera.

Iba desanimándose a medida que hablaba. Keito se percató de ello y le dio un golpecito en la barriga.

—Ya está bien, Takuro —le susurró.

Takuro cayó en la cuenta y bajó la cabeza.

—Ay..., lo siento.

—¿Por qué? —preguntó Fukuta y, con una sonrisa forzada y simulando no entender a qué venía aquella disculpa, clavó los palillos en la última porción de pollo frito, para, a continuación, alzar el táper medio vacío—. Por esto es por lo que me podríais pedir disculpas —reprochó airado, mostrando a sus compañeros el escaso y poco apetecible contenido restante—. Arroz blanco acompañado de hojas de lechuga y trozos de tomate crudo. ¡A ver cómo me lo termino!

—Perdón, perdón —dijo Keito sin demasiada seriedad, y, a continuación, escogió una porción de comida de su propio táper y la puso en el de Fukuta.

Los demás lo imitaron. Un pequeño filete de carne de hamburguesa, un pedazo de tortilla, una salchicha, una empanadilla de gambas al vapor, un rollito de primavera, un pescado blanco marinado en sopa de *miso*, una empanadilla frita de queso... volaron hasta el táper de Fukuta.

«Vaya mezcla», pensó él forzando la sonrisa una vez más. Pero lo mismo daba. Al menos así, ayudado por aquella variedad de sabores, podría terminar todo el arroz blanco. Aliviado, se llevó a la boca el último pedazo de pollo frito.

El rebozado crujió entre sus dientes y el jugo de la carne se abrió paso en su boca, desparramando un delicioso sabor con un toque herbal de especias de una delicadeza indescriptible. El ajo encurtido en salsa de soja, condimento del pollo, proporcionaba un equilibrio perfecto al conjunto, y Fukuta volvió a sentir la rabia de haber sido despojado por sus compañeros de tan sublime placer.

«Mi hermano es un genio», pensó.

El aroma de las brochetas de pollo se extendía bajo los viejos arcos de hierro que coronaban la avenida comercial Ginnami, aquella calle que había florecido al auspicio del templo vecino en tiempos pasados. Situada frente a la estación de tren, al atravesarla se llegaba di-

rectamente a la puerta de entrada al recinto del templo budista Ginnami, de cuyo nombre la avenida había tomado el suyo.

La escalera de piedra que empezaba a la puerta del templo le servía a Fukuta de atajo hasta su casa. Aun acortando la distancia, pocos eran los que se aventuraban a ascender los más de mil escalones que conducían a la cima de la colina. Los feligreses que acudían al templo preferían evitar el ascenso a pie y acudían en autobús o en su propio vehículo, que dejaban en el aparcamiento, cerca del templo; y lo cierto era que Gakuta solía ir al instituto en bicicleta y, por tanto, seguía otra ruta.

Aquel día, sin embargo, sus pies se dirigieron sin propósito consciente hacia la puerta del recinto del templo e inicio de la escalera. Una rueda de su bicicleta había sufrido un pinchazo, pero había otro impulso que lo empujaba hasta allí.

Ignorando el seductor aroma de las croquetas, de las bolas de pulpo cocidas y de otros muchos platos tentadores, Fukuta atravesó la avenida comercial y pasó bajo la gran puerta del templo. Ante él surgió la magnífica escalera de piedra, flanqueada por frondosos árboles de *ginkgo*. El templo Ginnami era precisamente conocido por sus exuberantes hileras de *ginkgos* y hasta podría pensarse que de dicha variedad arbórea había tomado la primera sílaba de su nombre, pero no era el caso.

Tomó aire y comenzó a ascender los escalones. Después de unos minutos, cuando ya sentía cierto cansancio en los muslos, divisó una figura que le resultaba familiar. Subía también las escaleras, unos pasos por delante de él. Lo reconoció.

—¡Gakuta! —lo llamó, respondiendo a un acto reflejo.

Aquella figura dio un respingo y se volvió, temerosa. Sobre su pequeño y pálido rostro destacaban unas enormes gafas que le hacían parecer una libélula. Bajo estas, sus ojillos dirigieron una precavida mirada a Fukuta y, de inmediato, su expresión se relajó.

—Ah, Fukuta...

Gakuta era el tercero de los cuatro hermanos, siguiente a Fukuta en edad. Cursaba estudios de segundo curso de secundaria en el colegio del barrio, y, si uno, guiado por su aspecto, asumía que era un alumno brillante, acertaba: así era, en efecto, hasta el punto de resultar irritante en ocasiones. Su rostro, en cualquier caso, transmitía un aire afable que le había hecho ganarse la simpatía de las señoras del

barrio y de sus compañeras de colegio. Les enternecía en particular su sonrisa, porque decían que cuando sonreía parecía una nutria.

—¿Vas para casa? —preguntó Fukuta.

—Sí.

—¿Y la clase de Caligrafía?

—No ha habido. ¿Y tú?

—Aunque estamos con los exámenes, hoy no teníamos ninguno, y tampoco hemos tenido actividades extraescolares.

—Ah, es verdad, que estáis en fechas de exámenes parciales. Es que como nunca te veo estudiar...

—Cierra el pico, ¿quieres? —Fukuta le dio un golpecito a su hermano en la cabeza.

—¡Ay! —Gakuta le lanzó una mirada furibunda.

—¿Y de qué me serviría? Yo no tengo tan buena cabeza como tú.

Lo cierto es que tampoco se le daba bien el deporte. De hecho, Fukuta no tenía ningún talento destacable.

—Eres un bruto —susurró Gakuta, y volvió a abrir el libro que sostenía en las manos.

Al parecer, había estado leyendo al mismo tiempo que ascendía las escaleras. Elevaba el mentón al hacerlo, quizás para guardar el equilibrio, y eso le otorgaba cierta dignidad. Con su mochila de colegial a la espalda, era la viva imagen de Ninomiya Kinjiro, el personaje de la popular canción infantil, cargando leña.

Fukuta caminó a su lado mientras lo miraba de soslayo hasta que Gakuta, visiblemente molesto, se volvió hacia él.

—¿Pasa algo? —inquirió.

—Eh..., no. —Fukuta desvió la mirada.

«¿De qué hablábamos cuando estaba en primaria?», se preguntó.

—¿Qué tal la comida de hoy?

—Bien.

—Yo diría que riquísima, ¿no? El pollo frito estaba de muerte.

—Lo estaba. Menudo es Genta cocinando.

—¿Cómo habrá conseguido que esté tan delicioso?

—Debe de emplear alguna técnica de la cocina francesa. ¿Cómo se llama eso...? ¿Confit?

—¿Quieres decir *corned beef*?

—Sí. El pollo frito de Genta estaba tan rico como ese tipo de carne. ¿A ti qué te ha parecido?

Fukuta se preguntó si su hermano le estaba tomando el pelo o si de verdad pensaba eso. Quizás no era consciente de lo bueno que estaba el *corned beef*. Tal vez deberían pedirle a su hermano mayor que les preparara uno, la siguiente vez.

Mientras pensaba en ello, comenzó a oírse desde lejos la sirena de una ambulancia. Ambos hermanos levantaron la cabeza y escucharon el sonido acercarse desde el otro lado de la hilera izquierda de árboles de *ginkgo*. El volumen aumentó hasta interrumpirse de manera repentina.

—¿Un accidente...? —Gakuta aguzaba la vista hacia el lado izquierdo.

Entre el hueco de los árboles, se vislumbraba una carretera con su guardarraíl. Era la vía que ascendía, por el lado oeste, a la cima de la colina Ginnami, donde se hallaba el templo. El nombre de este tenía su origen, de hecho, en un suceso ocurrido en la colina donde estaba ubicado.

Mucho tiempo atrás, el río Amatsuse se desbordó, lo cual provocó una plaga de ratas que hizo huir a cientos de personas hasta lo alto de la colina, salvándoles así la vida. Un monje que se encontraba visitando esas tierras vio en ello un designio divino que merecía el debido agradecimiento y decidió levantar un templo en la cima. Habiéndose percatado de que las ratas, al subir, formaban un mar gris plateado, decidió llamar al templo Ginnami, que significa «olas de plata».

El templo se había construido para honrar al dios Shoden del budismo japonés, equivalente al dios Ganesha del hinduismo: a él se le atribuía haber intervenido, trayendo la plaga de roedores para salvar a toda aquella gente. Pese a tan respetable historia, la colina era entonces un lugar desolado y casi olvidado, apenas transitado. Ello se debía en parte a que habían construido una nueva carretera, no muy lejos, poco antes del nacimiento de Fukuta. Quienes deseaban visitar el templo o atravesar la colina, ya fuera en coche, en autobús o a pie, elegían este segundo itinerario.

—El sonido de la sirena viene de donde el señor Hakamada tiene su tienda. Espero que esté bien... —comentó Gakuta, visiblemente preocupado.

La tienda del señor Hakamada era un pequeño negocio familiar ubicado a mitad de camino entre la base y la cima de la colina, al

que los hermanos acudían con regularidad. El silencio que se extendió a lo largo y ancho de la colina, una vez que cesó la sirena, dejó sin respiración a los dos muchachos.

—Pero no creo que ninguno de los dos haya caído enfermo de repente.

—¿Ninguno de los dos?

—Me refiero al señor Hakamada y a su mujer. Ambos se encontraban bien de salud.

—Aun así, podría ser. De todas maneras, hace un rato he oído un golpe. Como era lejano no presté atención.

—¿Un golpe? Entonces ha podido ser un accidente de tráfico. Esto me recuerda a ese extraño rumor...

—¿Extraño rumor?

—Sí. El rumor del fantasma de los cerezos. Cuando hay un accidente en la colina, enseguida sale alguien que le echa la culpa a esta criatura.

—Ah.

Historias semejantes solían contarse de lugares poco transitados o prácticamente abandonados: de casas deshabitadas, de túneles por los que ya no circulan los coches y, ahora, de la colina Ginnami.

—Dicen que cada año, con la llegada de la primavera y el florecimiento de los cerezos, el fantasma de una mujer vuelve a aparecerse en la colina Ginnami. Distrae a los hombres con su belleza y provoca accidentes de tráfico. Bueno, no es más que una leyenda urbana reciente... Nada que ver con la antigüedad de la historia del origen del templo Ginnami. Los cerezos solo llevan aquí algunas decenas de años y, naturalmente, no había coches cuando se construyó el templo.

Fukuta había mantenido la vista clavada en su hermano mientras relataba aquella historia del fantasma, y Gakuta, molesto por su insistente mirada, frunció el ceño.

—Bueno, Fukuta, ¿qué pasa? —protestó.

—Que no has reaccionado demasiado.

—¿Qué?

—Que, como compañero de conversación, no das mucho juego.

—¿Cómo? Pero ¿cuántos años crees que tengo? —La arruga del entrecejo de Gakuta se hizo más profunda—. Está claro que en Ginnami hay muchos accidentes. En mitad de la subida hay un tramo

de bajada. Los coches aceleran allí y toman demasiada velocidad cuesta abajo. Lo que ocurre es que, después, muchos no consiguen tomar la siguiente curva y se la pegan. ¿No es eso lo que nos dijo el señor Hakamada?

A Fukuta le dejó perplejo tal grado de seriedad. «¿Qué le pasa a este?», se preguntó. Recordó cuando su hermano era tan pequeño como Ryota. Entonces, la mera mención de salir de noche a la colina Ginnami, hacía que Gakuta implorara de rodillas y llorara para que no lo llevaran allí. Ahora, una historia como aquella no le producía más que indiferencia.

—A ver... —empezó a decir Gakuta—. Primero: has dicho que se trata de un fantasma que solo se aparece cuando los cerezos están en flor. Segundo: los cerezos están bastante esparcidos por la colina. ¿No has pensado que lo que tal vez distraiga la mirada de los conductores sea la belleza de los cerezos en flor? Y, de todas maneras, ¿te parece el momento adecuado para sacar esa historia, cuando aún no sabemos si al señor Hakamada o a su mujer ha podido pasarles algo?

—Eh..., perdón, perdón —se acabó disculpando Fukuta.

Tras dirigirle un resoplido de nariz a su hermano, Gakuta reanudó el paso y volvió a concentrarse en la lectura del libro, adoptando de nuevo aquel aire de Ninomiya Kinjiro. Fukuta siguió sus pasos, cabizbajo, con la sensación de haber sido mordido por un perro al que trataba de hacerle una caricia.

Se oyó el gorjeo de un pájaro. Desde que la sirena había cesado, el silencio se había hecho más profundo; y, rodeados de ese ambiente de calma y quietud, ambos hermanos continuaron subiendo la escalera de piedra.

—Fue un día como hoy. Seguro —susurró, de pronto, Gakuta.

—¿Eh? —Fukuta miró de soslayo a su hermano—. Ah..., sí.

—Qué tontería, ¿no? Mira que creer que mamá iba a curarse con eso... Todo el tiempo y el esfuerzo de subir las escaleras cien veces... para nada.

Bueno, se decía que esa acción obraba milagros. Siempre que se hiciera sin ser visto. Los cuatro hermanos habían llevado a cabo la peregrinación y Fukuta recordaba que había sido un día tal que aquel: eso era lo que le había animado a tomar aquel trayecto de vuelta a casa. Por eso, el encuentro con Gakuta no debía de haber sido tan for-

tuito como había podido parecer. En cualquier caso, desde el fallecimiento de su madre, Gakuta había dejado de creer en espíritus, dioses y fantasmas. También desde ese momento se había vuelto más intratable. En eso pensaba Fukuta mientras miraba a su hermano por el rabillo del ojo.

—Por cierto, Gakuta...

—¿Sí?

—¿Qué lees? ¿Una novela? ¿Un libro del colegio?

—Un manga.

Fukuta acercó el rostro lo suficiente para echar un vistazo a las páginas y reconoció a un popular personaje de manga. Sintió un inmediato alivio: su hermano seguía siendo una persona normal que trataba de divertirse en sus horas libres.

—Es el último de Conan, ¿eh? —señaló Fukuta—. ¿Me lo prestas cuando lo termines?

—Vale. Pero no creo que te guste. Mira.

Gakuta le mostró la cubierta del volumen.

—¿Lo ves? Es un manga para aprender historia a través de los personajes de Conan. Lo he encontrado en la biblioteca y he visto que tiene relación con lo que estamos estudiando en la clase de Historia. Me está viniendo muy bien para estudiar para el examen.

Fukuta se quedó de piedra, inmóvil sobre un escalón. Al cabo de unos instantes, reanudó la marcha. Volvió el rostro a un lado para contemplar la pose recta de su hermano y lanzó un largo suspiro.

«Igualito a Ninomiya Kinjiro», pensó.

Había alguien esperando frente a la puerta de su piso. Llevaba un vestido de cuadros hasta las rodillas y lucía un voluminoso pelo castaño; calzaba unas elegantes sandalias y sujetaba con el brazo una cesta cubierta por un mantel, como si se dispusiera a salir de pícnic.

¡Chigusa!

Chigusa era una estudiante universitaria que daba clases en la academia de refuerzo a la que acudía Gakuta. Absorta en la puerta de entrada al piso, apoyaba el dedo índice en una de sus mejillas. Al darse cuenta de la presencia de los hermanos, les dirigió una cálida sonrisa.

—¡Hola, Gakuta! Ah, y también viene... Fukuta. ¡Hola!

Aquellos ojos somnolientos de Chigusa le aceleraban el corazón a Fukuta. Al mismo tiempo, el que pronunciara su nombre detrás del de su hermano pequeño y que hubiera necesitado unas décimas de segundo para recordarlo lo dejó un poco apesadumbrado.

—Hola, señorita Takemiya —saludó Gakuta, dirigiéndole además una impecable reverencia con la cabeza tras sobreponerse de la sorpresa de encontrarla allí—. ¿Cómo es que está usted aquí?

—Eh, pues..., espera un momento.

Chigusa pareció volver en sí y recordar el propósito de su visita. Rebuscó en la cesta y extrajo un bolígrafo o una pluma.

—Esto es tuyo, ¿no? Te lo dejaste en el aula.

Era un portaminas con el botón superior en forma de diminuto globo terráqueo. Gakuta lo observó de cerca, por encima de las gafas.

—Ah, sí. Es mío —dijo por fin, levemente decepcionado—. Pero señorita Takemiya, no tenía por qué haberse molestado.

—No es ninguna molestia. Enseguida reconocí el portaminas. Sabía que era tuyo. Ah, y una cosa más.

Apartó el mantel que cubría la cesta y un dulce aroma a mantequilla, cebolla tostada y asado de carne surgió del interior de esta.

—¿Qué es?

—*Shepherd's pie*.

—¿*Shepherd's*...?

—¿No lo recuerdas, Gakuta? Salió en una de las preguntas de la clase de Inglés del curso de verano del año pasado. Un alumno no entendía qué era un *shepherd's pie*, y, como yo no conseguía explicárselo bien, tú me echaste una mano y conseguiste que lo entendiera. Dijiste que tu madre os lo preparaba a menudo...

El rostro de Gakuta se ensombreció.

—Ah..., sí. Ahora que lo dice..., sí lo recuerdo.

—Así que, mira, os he preparado uno. Se me quedó la idea rondando en la cabeza y, bueno, es que estoy estudiando un grado de Nutrición en la universidad. Claro que no puedo competir con vuestro hermano mayor en lo que se refiere a sabor, pero las cualidades nutritivas están medidas al milímetro. Lo mío, más que un sabor profesional, es el sabor casero de una madre.

Las pálidas mejillas se le habían encendido y hablaba sin parar. A Fukuta, aquel desesperado afán por explicarse se le antojó encan-

tador. Desbordaba la alegría inquieta de la persona reservada que se aventura a contar un chiste.

Por fin, la ráfaga de palabras llegó a su fin. Chigusa resopló, cerró los ojos y procedió a respirar hondo. A continuación, se abanicó con ambas manos las mejillas sonrosadas y dirigió la vista a la puerta del piso de los hermanos.

—Estaba preguntándome si vuestro hermano mayor está en casa. He estado llamando al timbre durante un rato, antes de que llegarais vosotros, y nada. En el restaurante francés me dijeron que hoy tenía el día libre, así que...

—¿Genta? Lo normal es que esté dentro, durmiendo... —empezó a decir Fukuta, pero el puntapié que Gakuta le propinó en aquel preciso instante lo dejó con la palabra en la boca.

Gakuta aprovechó el instante de dolor y el rostro contrecho de Fukuta para adelantársele.

—Ha salido por ahí. Volverá por la noche —aseveró.

—Vaya... ¿Habrá quedado con alguna chica?

—Eso ya no lo sé...

—Bueno, claro, ¿eh?, lo comprendo. ¿Por qué ibais a saber lo que hace o deja de hacer cada uno? El caso es que él mismo me dijo que no tenía novia, así que debe de haber salido con sus amigos. Genta estudió en el instituto Ginnami, ¿no? Y, si no me equivoco, es un instituto de chicos, ¿verdad?

—Sí.

Fukuta estuvo a punto de preguntarle, medio en broma, si no se había dado cuenta de que ellos mismos llevaban el uniforme del instituto Ginnami, pero abandonó la idea. ¿Qué ganaba con ello? Además, Gakuta se le adelantaba en cada ocasión y tomaba control de la situación hasta el punto de haberse hecho con la cesta.

—Entonces, esto se lo damos a Genta, ¿no? —dijo, oteando el contenido de la cesta.

—Sí —contestó Chigusa, asintiendo con la cabeza, para rectificar acto seguido—: Eh, no, no. Quisiera dárselo yo. Me explico: tengo una hermana pequeña a la que todo lo que tenga que ver con la comida no le interesa nada. Así que no me fío un pelo de su opinión y necesito la de alguien tan profesional como vuestro hermano mayor. Me sería de gran ayuda. Y si resulta que no le gusta, puede ir directo a la basura.

—De acuerdo. ¿Y qué tal si se lo entregamos nosotros y que nos diga qué le parece? Después, yo le comunico a usted su opinión.

—Ah, bueno, si es así... Vale, muchas gracias. —Y se fue tan rápida como pudo.

—¡Señorita Chigusa! ¿Cuándo quiere que le devolvamos la cesta? —preguntó Gakuta levantando la voz, pero Chigusa ya corría escaleras abajo y no debió de oírlo.

Sus pasos al bajar sonaban cual suaves golpecitos en los escalones de madera. O así le sonaron a Fukuta. Una vez que salió por el portal, Fukuta se apoyó en la barandilla y se asomó desde el primer piso, donde estaban. Vio su cabeza atravesar el recinto frente al edificio a toda velocidad, en dirección a la puerta exterior. Aquella visita sí que había sido una sorpresa. Era un edificio viejo, de más de cuarenta años, y el portal no disponía de cierre automático —y menos aún de sistemas modernos de seguridad—, lo cual habría animado a Chigusa a entrar.

Al cabo de unos segundos, Fukuta se percató de que Gakuta lo miraba intensamente.

—¿Y ahora qué mosca te ha picado?

—Nada. Solo que te acompaño en el sentimiento... —respondió Gakuta con una sonrisa pícara, tras lo cual introdujo la llave en la cerradura de la puerta y la abrió—. ¡Genta! ¿Estás en casa?

Fukuta siguió a su avispado hermano al interior del piso. Se había puesto serio. «Cuando va de listo como ahora, no lo soporto», pensó con rabia.

La colada ya debía estar seca. Fukuta se cambió de ropa y salió al balcón a recogerla. Acababa de volver de sus clases. Bajo el cielo azul completamente despejado, la ropa de sus hermanos olía a sol y a frescor de mayo.

Desde allí, atisbó el cementerio del templo Ginnami, cubierto de verdor. El edificio de apartamentos donde vivían los hermanos estaba ubicado en la misma colina del templo, detrás de este. «Si muero, quiero que me enterréis allí —había dicho la madre, tratando de sonar a broma—. Así podré veros desde allí». Aquellas palabras dichas a la ligera —como tantas de sus ocurrencias— se habían teñido

de severidad con el devenir de los acontecimientos. Fukuta deseó poder conservarlas ligadas al aire bromista con que habían sido pronunciadas originalmente.

Volvió al salón, cargado con la ropa. Una manta extendida sobre el sofá se movió perezosamente y Fukuta lanzó la ropa contra esta. Entre el montón de ropa desperdigado, asomó el rostro del siempre apacible Genta, simulando haberse enfadado.

—Buenos días, Genta.

Genta era el mayor de los hermanos Kogure. Tenía veinticuatro años y, tras salir del instituto Ginnami, había cursado estudios de hostelería en una escuela profesional y, después, había hecho prácticas en múltiples restaurantes, hasta acabar formando parte del equipo de cocina de un restaurante francés no especialmente elegante. Se llamaba L'Heure du Bonheur —un trabalenguas de nombre— y había alcanzado una popularidad notable en el barrio. Siempre que tenía el día libre, Genta lo pasaba de aquella manera. Me pregunté si lo trataban a palos allí.

—¿Qué... hora es?

Entornó los ojos, deslumbrado por la claridad, y se levantó el flequillo con la mano. Fukuta dio un respingo al notar lo mucho que se parecía a su madre.

—Más de las cuatro. Te has quedado dormido...

—¿Las cuatro? ¡Maldita sea! ¡Tenía que ir a una inspección!

—¿Una inspección?

—Me avisó Hasegawa. Han puesto un nuevo restaurante francés en el barrio de al lado. Dicen que el menú de mediodía está buenísimo y quería ir a probarlo.

Vamos, que también en sus días libres se empeñaba en seguir trabajando...

Hasegawa regentaba la farmacia de la avenida comercial Ginnami. Era madre soltera. En general, podría decirse que Genta era popular entre las mujeres de la avenida comercial Ginnami, quizás por su atractivo físico, pero también porque heredó la red de amistades de su madre.

Después de desperezarse, Genta se puso en pie, con el cabello todavía revuelto pero con la actitud resuelta de quien está bien despierto. Puesto que Genta significa «tronco de ciprés japonés», Fukuta pensó en lo poco adecuado que era el nombre. Le habría ve-